

»pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel  
 »agua para sustentar los que en lo corporal han de  
 »servir á estos dos desposados (ó casados). Y, así  
 »como sentiría esta agua una persona que está des-  
 »cuidada, si de presto la bañasen en ella y no la  
 »podría dejar de sentir; de la misma manera, y aun  
 »con más certidumbre, se sienten las operaciones  
 »que digo. Porque, así como no nos podría venir un  
 »gran golpe de agua, si no tuviera principio; así se  
 »entiende claro que hay en lo interior quien arroje  
 »estas saetas, y dé vida á esta vida, y que hay sol  
 »de donde procede una gran luz, que se envía á las  
 »potencias de lo interior del alma» (1). Son también  
 efectos de esta merced: 1.º Una grandísima paz inte-  
 rior, que, aunque las potencias y sentidos anden á  
 veces desasosegados, nunca se pierde; y «estáse el  
 »alma tranquila, como el rey con grande quietud en  
 »su palacio, por más que haya muchas guerras en su  
 »reino y muchas cosas penosas (2). 2.º Un grande  
 »olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es,  
 »pues la mariposica murió con grandísima alegría de  
 »haber hallado reposo y vive en Cristo» (3). 3.º Un  
 grandísimo deseo de padecer, «mas no de manera  
 »que la inquiete, como (antes) solía; porque es en  
 »tanto extremo el deseo que queda en estas almas  
 »de que se cumpla la voluntad de Dios, que todo lo  
 »que Su Majestad hace, tiene por bueno: si quisiere  
 »que padezca, enhorabuena; si no, no se mata, como

- (1) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. II, párrs. 9 y 10.  
 (2) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. II, párr. 18.  
 (3) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. III, párr. 4.

»solía (1). 4.º Un grande gozo interior, cuando es  
 »perseguida, con mucha más paz que lo que queda  
 »dicho y sin ninguna enemistad con los que les hacen  
 »mal ó desean hacer, antes les cobran amor particu-  
 »lar; de manera, que, si los ven en algún trabajo, lo  
 »sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por li-  
 »brarlos de él, y encomiéndanlos á Dios de muy  
 »buena gana (2). 5.º Un grande deseo de servir al  
 »Señor y de que sea alabado, tal, que, si supiesen  
 »cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de go-  
 »zar de Dios, no les hace al caso: ni pensar en la  
 »gloria que tienen los Santos, no desean por enton-  
 »ces verse en ella, pues la tienen puesta en ayudar  
 »en algo al Crucificado, en especial cuando ven que  
 »es tan ofendido (3). 6.º Un desasimiento grande de  
 »todo, y deseo de estar siempre á solas ú ocupadas  
 »en cosa que sea de provecho de alguna alma; y no  
 »(con) sequedades y trabajos interiores, sino con una  
 »memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca  
 »querría estar, sino dándole alabanzas; y cuando se  
 »descuida, el mismo Señor la despierta, como queda  
 »dicho» (4).

41. Ved aquí reducido á compendio todo el siste-  
 ma doctrinal de la Seráfica Doctora sobre Teología  
 mística. Antes de analizarle y juzgarle, recapitulemos  
 con el laconismo posible todo lo expuesto. En la

- (1) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. III, párr. 5.  
 (2) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. III, párr. 5.  
 (3) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. III, párr. 6.  
 (4) Mor. 7.<sup>a</sup>, cap. III, párr. 9.

oración de *recogimiento* las potencias siéntense como *atraídas* á lo interior del alma por el dulce reclamo del Pastor divino; pero todavía pueden y deben poner algo de su eficacia natural para responder á este divino llamamiento; en la de *quietud* Dios las *suspende*, y el deleite, que experimentan con la presencia de su Amado, es tan grande, que las eleva á un estado de enajenamiento, el cual entorpece su habitual energía. La *unión* con Dios obra con más fuerza todavía; hácelas *dormir* el sueño de la paz y del amor, y, constituidas en este estado, véense incapaces de arbitrar medio alguno con que sacudir de sí esa especie de letargo místico. *Mueren* por fin al mundo y á sí mismas en el desposorio espiritual que se celebra en la 6.<sup>a</sup> Morada, y *resucitan* á nueva vida en la Morada 7.<sup>a</sup>, para consagrarse al servicio del esposo celestial, con quien se han unido en vínculo indisoluble de amor. Pasemos ahora á estudiar, en la medida que nuestro corto ingenio lo permite, el valor filosófico y literario de tan maravilloso sistema doctrinal.

42. Para rastrear de alguna manera lo grandioso de esta concepción, ya la consideremos en sí misma, ya en el admirable desarrollo de cada una de sus partes, conviene ante todo anticipar ciertas ideas, y hacer luego mención especial de algunos de los escritores que han precedido en este camino á la Seráfica Doctora. Muy en su lugar estaría aquí echar una rápida ojeada sobre la historia del misticismo en general, y

del español muy en particular; los límites empero de esta disertación, ya demasiado extensa, no me permiten dar cabida en ella á tantos nombres y escritos, como fuera necesario mencionar. La palabra místico, helénica de origen, *μυστικός*, se usaba entre los griegos para designar á los iniciados en los misterios del culto, con que se honraba á alguna de sus deidades. Tal es la significación que tiene en varios pasajes de Aristófanos, según la interpretación común de sus escoliastas y comentadores. De los gentiles pasó á los cristianos, quienes aplicaron esta denominación á aquellas almas predilectas, que, por penetrar más hondamente en la inteligencia de las cosas divinas y unirse con más apretado lazo de amor al supremo Bien, participaron más de la vida sobrenatural y extraordinaria con que el Espíritu divino hace vivir á su regalada esposa, la Iglesia de Cristo. Místicos fueron, por consiguiente, todos aquellos Santos cuya inteligencia y cuya voluntad, henchidas por la infusión sobreabundante de esos misteriosos dones, fueron constituidas en un estado psicológico particular, desconocido para el vulgo de las almas justas. Según esto, y tomada la palabra *místico* en toda su latitud, será escritor místico sólo aquel en cuyas obras se vea la manifestación de este estado psicológico, bien sea por tratar y exponer esta materia, ó bien por dar á sus producciones una forma tal, que revele en ideas y afectos ese endiosamiento del alma, misteriosamente unida con Dios.

43. En efecto, dos son las condiciones precisas,

que para juzgar atinadamente sobre escritos de este género, debemos siempre tener en cuenta: la materia sobre que versan, y la forma de que se revisten. Constituyen la materia de la Teología mística, según acabamos de indicar y dijimos ya al dar principio á este trabajo, las operaciones que el alma ejercita, cuando, sometida al influjo de una acción, extraordinaria aun en el mismo orden sobrenatural, se encumbra en alas de fuego divino, hasta el santuario de la divinidad, y allí, muerta á sí misma, despojada de su miseria, sobrenaturalmente transformada, vive de la vida de Dios. Con sólo tener presente esta observación, hubieran evitado muchos escritores, eruditos más que sabios concienzudos, la confusión lastimosa en que han incurrido, clasificando entre los *escritores místicos* á los que sólo merecen el nombre de ascetas (1). Ni basta para ser acreedor al glorioso dictado de *Doctor místico*, tratar incidentalmente, y como de paso, de alguna de estas operaciones; sino que se requiere, como condición indispensable, hacer ver uno por uno los pasos con que el alma avanza por esta escabrosa senda, á la manera que, para ser acreedor al renombre de Doctor en Teología ó Jurisprudencia, se requiere abarcar las diversas partes que estas Facultades encierran. Esta consideración me mueve á separarme también de algunos escritores, que, tomando en sus juicios críticos otro punto de partida, prodigan con demasiada facilidad la borla *mística* á

(1) Tal es, entre otros, Mr. Rousselot, en su obra *Les Mistiques Espagnols*.

Doctores ascéticos, en cuyas obras sólo se leen ligeros toques y conceptos aislados, que pertenezcan al dominio de la Mística.

44. Pero avancemos, concretando más y más las ideas. *Literariamente* considerados, no se apellidan *místicos* todos los escritos en que se desenvuelve la materia propia de esta ciencia sagrada. La fría y árida pluma del escolástico que desentrañase estos misterios, y, explayándose en investigaciones psicológicas, nos describiese los diversos estados porque atraviesa el espíritu antes de llegar á la posesión de Dios por unión de amor, conquistaría de seguro para el autor el nombre *científico* de escritor místico, mas no los honores reservados en la *crítica literaria* para esta honrosa denominación. ¿Y por qué? Porque lo que constituye el nervio del misticismo, la sangre, por decirlo así, que le da vida, no es la materia sobre que versan, sino la forma. Es ese vapor santo que hinche los senos del alma, y humea como oloroso incienso de todos los pensamientos que el entendimiento engendra, y de todas las palabras que la lengua articula, es el férvido afecto que debe palpitar en las páginas de escritos tales. Sin esto no hay misticismo, y el autor de tales producciones será sabio, será filósofo, teólogo, moralista, asceta, cuanto queráis; pero místico no lo será, no puede serlo: *literariamente* hablando, nadie así le apellidará.

45. *Algo* de este vago anhelo á la posesión del Ser, que contemplaban como inteligencia suprema y

sumo Bien, tuvo la escuela socrática de Atenas, sobre todo en el más grande y sublime de sus pensadores, el divino Platón. Este filósofo portentoso, después de haber puesto en boca de Sócrates aquella sublime teoría sobre el amor, según la cual es preciso elevarse del amor de la belleza corporal, al de la belleza moral, y de éste al amor de la belleza intelectual, termina la exposición de su teoría, con estas palabras: «Atiende ahora ¡oh Sócrates! á lo que voy á decir, »con todas las fuerzas de tu alma (1). Todo el que, »pasando por esos diversos grados de amor, haya llegado hasta aquí, conseguirá como fin y término de »su amoroso afecto el contemplar una admirable belleza... Una belleza que siempre existe, que no nace »ni muere, que no aumenta ni disminuye, que no es »hermosa por una parte y fea por otra..., hermosa »aquí y fea allí, hermosa para estos y fea para aquellos. Que no es hermosa con hermosura participada, »sino en sí misma, por sí misma, constante y uniformemente hermosa. Todas las otras cosas bellas, lo »son por participación de esta belleza suma, y de tal »manera, que, cuando ellas nacen ó mueren, en nada »la alteran, nada por eso pierde, nada con ellas gana... »¡Qué felicidad la de contemplar en sí misma esa divina hermosura, clara, íntegra, pura, limpia, sin mezcla de carne, ni color, ni de otras bagatelas humanas »y terrenales! ¿Tendrás en poco la vida del hombre »que tiene puestos allí los ojos, y disfruta de su vista,

(1) Ἐμπροσθίων, vel *De amore*. Estas palabras las supone Platón oídas por Sócrates de Diótima. «mujer muy sabia y adivina,» y, como tales, las refiere este último á sus convidados.

»y se une con ella íntimamente? ¿No es verdad que »quien la mira, con los ojos con que esta belleza puede »sólo mirarse, engendrará en su alma y para bien »suyo, no imágenes de virtudes, sino las virtudes »mismas? Porque no se unirá á la sombra, sino á la »realidad de la *virtud*; y, produciéndola y sustentándola en su alma, se hará amigo de Dios, y gozará, »como hombre ninguno, de la inmortalidad.» Aquí hay ráfagas de vivísima luz, que calientan y disponen el corazón para los amorosos transportes del misticismo cristiano; pero sólo ráfagas. Otro tanto, y aun quizás todavía menos, puede decirse de la escuela de Plotino (1) y de los Gnósticos de Alejandría, de los judíos secuaces de Filón (2) y de sus hermanos los Teósofos árabes de la Edad Media en España (3). Gabirol y Tofail, así como todos sus afines los Neoplatónicos de Oriente y Teósofos de Occidente, más que verdaderos místicos, han sido profundos contemplativos de las cosas divinas; y el misticismo, aunque *supone* esta profunda contemplación como fundamento, no consiste en esa elaboración puramente intelectual, sino en la eferescencia de la voluntad que ella produce; no arranca *inmediatamente* de la cabeza, sino del corazón. El luminoso raudal, de donde los puros destellos místicos se derivan, el venero inagotable de aguas

(1) Este es, por lo menos, mi juicio sobre la *unificación* ó *simplificación* expuesta en sus *Enneades*, y transmitida por Porfirio.

(2) Philo: *De Vita contemplativa*.

(3) No nos detenemos en mencionar á los *yogúes* índicos y *sofíes* pérsicos, porque la idea panteísta, en que radica su sistema, mata forzosamente todo germen de misticismo.

vivas, donde han bebido los místicos verdaderos, no hay que buscarle, ni en las cenagosas hondas del Panteísmo indostánico, ni en los intermitentes y secos manantiales de la Moral helénica, ni en las horadadas cisternas de la infecunda herejía. No, no: Budha y Brahma, Júpiter y Mahoma jamás han tenido ni tendrán la virtud procreadora de verdaderos corazones místicos. Persépolis y Atenas, Alejandría y Córdoba fueron siempre páramos estériles, donde la semilla del misticismo, ó no cayó, ó no germinó, ó, por lo menos, degeneró hasta convertirse en planta bastarda é infructuosa. ¿Diré más? El falso Dios de Eutiches y Nestorio está condenado á la misma infecundidad que los monstruosos ídolos gentílicos porque todos los herejes, los cismáticos todos, como ramas arrancadas del arbol de la unidad, no participan de la savia con que el Espíritu Santo le vivifica, única engendradora de estos dulcísimos y regaladísimos frutos.

46. Preciso es salvar la inmensa distancia que media entre el mundo antiguo y el mundo regenerado, entre los Diálogos de Platón y los versos de Sinesio ó las Confesiones de San Agustín, para tropezar con lo que inútilmente buscaríamos hasta llegar aquí. Aquella increada sabiduría, cantada en Oriente por el Obispo de Tolemaida, y aquella hermosura sobresustancial, *tan tarde conocida y tan tarde amada* por el Obispo de Hipona, fué la que hizo estampar sobre el papel los primeros ardores místicos á estas dos ilustres plumas del Catolicismo. Esa misma inspiró

después las ardorosas meditaciones á San Anselmo, los amorosos deliquios de San Bernardo, las efusiones místicas á San Buenaventura. Mas estos Santos, aunque inflamados á veces del fuego divino, que el gentilismo y la herejía por completo desconocieron, no pensaron jamás (1) en escribir una Teología mística, donde dejaran marcados los escalones que el espíritu debe recorrer para ascender desde la nada de su miseria, hasta el abismamiento en la infinita realidad del Ser supremo. Otros escritores, por el contrario, hubo en la Iglesia Católica, que pretendieron y llevaron á cabo tan árdua empresa; mas sin el arrebató místico que embelleció las fogosas páginas de los Padres y Doctores anteriormente citados. San Dionisio Areopagita (ó quien quiera que sea el autor de las obras que á este Santo se atribuyen) (2), San Juan Clímaco (3), Ricardo de San Victor (4), Gersón (5), Rusbroquio (6) y Taulero, son otros tantos escritores de Teología mística, en quienes resplandece la claridad, el orden, el enlace de las ideas y la composición armónica de los elementos esparcidos acá y acullá, por las obras de los Santos Padres; pero fáltales con frecuencia el transporte del arrebató místico, lo cual hace que sus

(1) Debe exceptuarse á San Buenaventura, en su obra *Theologia Mystica*.

(2) Vid. *Theologia Mystica*.

(3) Vid. *Scala Paradisi*.

(4) *De gradibus charitatis* y *De quatuor gradibus violentae charitatis*.

(5) Vid. *De monte contemplationis*.

(6) Vid. *Commentaria in tabernaculum Moysis* y *Regnum amantium Deum*.

escritos enseñen más que inflaman el corazón de los lectores.

47. Á España cabe la gloria de haber producido y amamantado á sus pechos en un mismo siglo, á un tiempo mismo dos genios místicos, en cuyo espíritu la inteligencia y el corazón, la contemplación honda de las cosas celestiales y el ardoroso afecto hacia Dios se dieron beso de paz: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Ambos brillaron como dos grandes lumbreras, acaso las mayores, en el sereno cielo de la Teología mística, y, si la índole de este trabajo lo permitiese, no estaría aquí fuera de propósito un paralelo entre ambos escritores. Mas ya que, por pertenecer este asunto á un *tema* determinado, sea terreno vedado para mí, permítaseme, por lo menos, consignar como rasgo característico de las obras de San Juan de la Cruz, el dualismo personal que, á mi parecer, en ellas se trasluce. Pálpanse allí como dos almas, dos corazones, dos plumas. Uno es el apasionado poeta del *Cántico espiritual*, de la *Subida al Monte Carmelo* y de la *Noche oscura*, y otro el comentador de aquellas cadenciosas estancias tan preñadas de misterioso sentido. Aquí muéstrase teólogo profundo y profundo pensador, que explota la ciencia escolástica y la pone al servicio de su pluma para esclarecer los recónditos arcanos de la materia que trata; pero se echa de menos á veces en su estilo el fuego sagrado de la inspiración mística. En las poesías, por el contrario, irradia pujante y apasionado el misticismo de San Juan de la Cruz, hermano gemelo

del misticismo de Santa Teresa, y sangre de la sangre de sus venas. Oid, si no, estas estrofas tomadas á la ventura de su *Cántico espiritual*:

Pastores, los que fuerdes  
Allá por las majadas del Otero,  
Si por ventura vierdes  
Aquel que yo más quiero,  
Decilde que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores  
Iré por esos montes y riberas;  
Ni cogeré las flores,  
Ni temeré las fieras,  
Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesura,  
Plantado por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verdura  
De flores esmaltado,  
Decid si por vosotros ha pasado!

—Mil gracias derramando  
Pasó por estos sotos con presura,  
Y, yéndolos mirando,  
Con sola su figura  
Vestidos los dejó de hermosura.

.....  
—Y todos cuantos vagan  
De ti me van mil gracias refiriendo,  
Y todos más me llagan,  
Y déjame muriendo  
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

.....  
Apaga mis enojos,  
Pues que ninguno basta á deshacellos:  
Y véante mis ojos,  
Pues eres lumbré de ellos,  
Y sólo para ti quiero tenellos.

.....  
¡Oh cristalina fuente!  
Si en esos tus semblantes plateados  
Formases de repente  
Los ojos deseados,  
Que tengo en mis entrañas dibujados!

.....  
.....

¿No parecen estas estancias por sus afectos y lenguaje trozos arrancados de la *Vida* de la Santa ó de sus *Exclamaciones*, rimados en cadenciosos versos? ¿No parecen inspirados por aquella *celestial locura y glorioso desatino* de que nos habla en la oración de *unión*? Aquí, como allí, todo es fuego, todo amor, todo derretimiento del alma ante la bondad y hermosura de su Amado: fondo y forma, todo respira el más acendrado y sublime misticismo. Veamos en particular cada una de estas dos cosas en lo que atañe á nuestro propósito; es decir, en los escritos de la Seráfica Doctora.

48. Su mérito, ante todo, por el fondo de doctrina que en él se encierra, es inapreciable; y quien no haya leído á Santa Teresa con la pluma en la mano, jamás podrá debidamente admirarla. Para formarse cabal idea de las dificultades, con que debió tropezar el escritor que osó acometer tan ímproba tarea, sería preciso que el lector se interrumpiera á sí mismo en medio de su faena, y, descendiendo de aquellas esferas de luz, adonde el genio de la Santa le había insensiblemente elevado, esgrimiera él la pluma y procurara estampar sobre el papel algo, no más que algo, de lo que en aquellos momentos contemplaba y cautivaba su corazón. Sólo así se convencería de lo difícil que es para la humana inteligencia tocar al terreno psicológico sin envolverse en un mar de confusiones; y, cuando este obstáculo queda superado, lo árduo que es también luchar á brazo partido, con la imaginación para sensibilizar las ideas, con el corazón

para sentirlas, y con la lengua para expresarlas. Pues ¿qué será remontarse de un sólo vuelo al asombroso mundo del espíritu, asentar en él su morada, y llevarnos, como de la mano, por aquellas misteriosas regiones de lo ideal, haciéndonos conocer los habitantes que las pueblan, las escabrosas sendas que recorren, los peligros á que se exponen, las batallas que riñen y los triunfos con que se coronan?

Porque, bien considerado, este es el bello ideal que la Seráfica Madre incesantemente persigue, y los resplandores, que su pluma arroja, son tan copiosos, tan vivos y penetrantes, que en aquel camino de espesas tinieblas nada pasa inadvertido para el caminante que con tal guía le recorre. No hay ondulación de terreno en que no repare, ni inmensa llanura, cuya extensión no abarque, ni paisaje de que no goce, ni plantas, flores y frutos, cuyo embeleso no sienta, cuyo embalsamado aroma no perciba. ¡Mujer maravillosa y sin par en la historia de la humana inteligencia! Para ella el alma es un castillo de diamante, en cuyo centro se eleva el trono donde se asienta la Majestad de Dios; las moradas que le circundan son las diversas mansiones porque atraviesa el espíritu, cuando se reconcentra dentro de sí mismo en busca de ese Dios que anhela; las potencias son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas de este real Palacio; los sentidos la servidumbre del soberano Rey, y las alimañas que rodean la cerca del Castillo, son las pasiones que penetran en pos de nosotros á las primeras moradas, y, en general, todas las ocasiones de pecado.

49. He aquí al mundo ideal magníficamente simbolizado. Mas ¿qué sucede en ese Castillo? Allí ¿cómo se vive? ¿Qué pasa? Allí comienza el alma por replegarse sobre sí misma en la oración de recogimiento, para acabar luego por remontarse hasta el tálamo de la divinidad en el vuelo del espíritu; allí vése á las potencias seguir diversos, y á veces encontrados rumbos, para terminar por unirse todas en Dios á quien buscaban. Allí el entendimiento, unas veces vislumbra *soñoliento* el sumo Bien, á manera de enfermo febricitante que *delira*; otras, íntimamente unido á la suma Verdad que extático contempla, duerme el *sueño* de la paz y del amor sin tener casi fuerzas para gozar del Bien que posee; otras, en fin, *muerto* á la actividad propia, arrobado, deificado, comienza á participar en esta vida de la glorificación sin término que en la otra le espera, y su pupila se ensancha por la voluptuosa fruición que en aquel estado experimenta, para recibir los torrentes de luz con que el sumo Glorificador embriaga á sus escogidos. Allí la voluntad, fría y versátil por naturaleza, truécase poco á poco en brasa de encendido amor, incontrastable á las lluvias del desconsuelo y la tribulación. Caliéntase primero en la *oración de quietud* bajo la influencia del Sol divino que la embiste, inflámase luego con los ardores de la *oración de unión*, y se derrite, por fin, en amorosos deliquios, cuando el Señor, abatiéndose hasta ella, la une consigo, como dulce esposo, en vínculo indisoluble de caridad. Allí la imaginación, independiente y altanera, entabla desde el principio cruda guerra contra las otras po-

tencias, complácese en desobedecer sus mandatos y perturbarlas en el pleno goce de sus deleites; mas acaba por quedar subyugada al magnético influjo del silbo divino que la llama. Allí los sentidos, acostumbrados á vivir derramados y á ser siempre portadores de ilusiones nuevas, sirven al principio de mal grado á la razón, y soportan con dificultad el yugo de su imperio; pero inmólanse después con heroísmo en pro del bienestar del alma, y terminan por entrar á la parte de los sabrosísimos deleites en que ella misma se anega. Ved aquí, reducida á términos concisos, la Psicología mística de Santa Teresa de Jesús. La cual se representa al alma con una intuición tan bañada de esplendorosa claridad, que no hay ojos que no vean lo que ella quiere hacerlos ver, ni corazón que no sienta lo que ella quiere hacerle sentir.

50. Y notad, que, quien esto escribe, no es ningún teólogo consumado, ni filósofo profundo, ni eminente literato, no es ni siquiera un hombre; es una mujer, ignorante, sin letras, sin mundo, reclusa en un monasterio y apartada por completo del trato social. Niña, vivió en casa de sus hidalgos padres, retirada y enfermiza; adolescente, pasó del hogar al claustro, no para escribir, sino para orar y hacer penitencia: ocupada en esto, pasó la juventud; en esto llegó á la edad madura; y cuando ya, al trasponerse el sol de su vida, una voz, que para ella representaba la voz de Dios, mándale escribir algo sobre la oración, empuña la pluma, y en el espacio de tres meses traza ese portentoso cuadro intelectual con tan gallardo